

desnudo en una cruz, saliendo del mundo sin tener cosa del mundo, dadme aborrecimiento de las riquezas temporales para que os sirva con perfección y alcance las eternas. ¿Mortificamos el amor á los bienes terrenos? ¿Procuramos desprendernos de ellos del modo que nos es posible?

Epílogo y coloquios. ¡Ay del avariento! ¡Ay del hombre que ha puesto su corazón en los bienes de este mundo! Cometerá muchos pecados, porque la codicia es la raíz de todos los vicios; y, por fin, perderá su alma eternamente. El que es dominado de esta repugnante pasión, unas veces desea lo ajeno injustamente, otras lo usurpa ó retiene, pisando los santos preceptos; ya lo busca con excesiva solicitud, ya lo distribuye con mezquindad y dureza, ya, en fin, falta á sus votos, si es religioso. ¿Qué hará el Señor con un hombre tal, que así menosprecia lo celestial por no perder lo terreno? ¡Ah! Permitirá que la misma avaricia sea su cruel verdugo, despertando en su corazón metalizado envidias, inquietudes, odios y otras bajas pasiones que no le dejen descansar de día ni de noche; enviarále terribles castigos ya en este mundo, de modo que ni halle consuelo en lo que tiene ni en lo que le falta, y, por fin, le privará de las infinitas riquezas de la gloria, condenándole á las eternas privaciones del infierno. ¿Quién, al pensar todo esto, no se decidirá por abrazar la pobreza de espíritu, esa virtud que el Señor quiso poner por primera piedra del edificio espiritual, y que es origen y principio de todos los bienes? ¿Pues cómo la practicamos nosotros? ¿Tenemos el corazón desprendido de las cosas terrenas? ¿Nos disgustamos cuando algo nos falta? ¿Nos quejamos del Señor, ó de los que están en su lugar? ¿Cómo hemos de reformarnos? ¿Qué propósitos nos conviene hacer? Veámoslo con cuidado: miremos lo que en la muerte querríamos haber hecho, y roguemos por nosotros y por los demás por quienes debemos pedir.

13.—LUJURIA Y CASTIDAD.

PRELUDIO 1.º Representate á Jesús, diciendo: «Bienaventurados los limpios de corazón porque ellos verán á Dios».

PRELUDIO 2.º Pide la gracia de huir siempre de la lujuria y practicar la angélica virtud de la castidad.

Punto 1.º Lujuria y sus castigos.—En este punto has de considerar brevemente cómo la lujuria es un apetito desordenado de deleites sensuales ó de cosas feas y deshonestas, y se peca diciendo, haciendo ó pensando cosas contrarias á la castidad, complaciéndose en los pecados cometidos, ó deseando cometerlos de nuevo; y lo mismo mirando ó escuchando cosas impuras. Pondera cómo, siendo este pecado el que más aleja de Dios y aficiona á lo terreno, es también severamente castigado por el

Señor. Porque primeramente permite que el ángel de Satanás¹, que con el aguijón de la carne derriba á los lujuriosos, les dé crueles bofetadas, atormentando sus cuerpos con mil zozobras y enfermedades penosas, asquerosas y vergonzosas; con infamias y con otros mil tormentos, hasta consumir la hacienda, salud, contento y vida. Demás de esto, ha hecho Dios terribles escarmentos para mostrar la ojeriza que tiene con este vicio. Por él vino el diluvio que anegó al mundo², el fuego que abrasó á Sodoma y Gomorra³, y la gran matanza que hizo Moisés en sus israelitas⁴. Con muerte repentina fué castigado un nieto⁵ de Jacob por este pecado, y con grandes trabajos y afrentas lo fueron David y Salomón por el mismo, y los hijos de Helí murieron desastadamente⁶. Pondera singularmente con horror los tormentos excesivos que padecerán los lujuriosos en el infierno, cuyo fuego abrasará con especial tormento aquellos sentidos y partes del cuerpo que fueron instrumento del pecado. Y así, la imaginación, que se saboreaba en pensar estas carnalidades, padecerá representaciones horribles, y los cinco sentidos, que fueron cinco fuentes de sucios deleites, serán como cinco balsas de increíble tormento; y el miserable lujurioso de pies á cabeza estará metido en el estanque de fuego y piedra azufre, porque vivió rendido á los olores y blanduras de su carne. ¡Oh alma mía! Considera bien las llamas del fuego infernal, para que huyas las llamas del fuego carnal; llora amargamente la menor falta que en este punto hayas cometido, y ruega al Señor que te mire con ojos de misericordia. ¿Sentimos nuestro corazón inclinado á tan funesto vicio? ¿Meditamos los tormentos con que es castigado? ¿Cómo nos portamos en las tentaciones?

Punto 2.º Actos de la perfecta castidad.—Considera aquí seis preciosos actos que abraza la perfecta mortificación de la lujuria y práctica de la castidad, los cuales son como las seis delicadas hojas de la azucena, que la simboliza. El primero es, tener pureza en la vista⁷ y en el oído, cerrando las puertas de estos sentidos, para que no entre por ellos cosa que despierte algún mal pensamiento ó fea imaginación. El segundo es pureza en el uso de las cosas deleitables al sentido del olfato, gusto y tacto, apartándote de todas las cosas dulces y blandas que dañan á la castidad⁸. El tercero es pureza en las palabras, pláticas y conversaciones; en las risas, semblantes y meneos del cuerpo, y en los trajes y adornos exteriores, castificándolo todo de modo que en todo resplandezcan la honestidad y decencia cristianas. El cuarto es pureza en las amistades y en el trato familiar y amoroso con las criaturas, huyendo con sumo cuidado cualquier familiaridad demasiada con persona ocasionada á tiznar la casti-

¹ II Cor., xii, 7. — ² Genes., vi, 5, 7. — ³ Genes., xix, 24. — ⁴ Num., xxv, 9.

⁵ Genes., xxxviii, 9. — ⁶ I Reg., ii, 34; iv, 11. — ⁷ Job, xxxi, 1.

⁸ I Petr., iii, 2: S. Basil.

dad, no dando ni recibiendo doncellas que sean lazos ó tropiezos para faltar en ella. El quinto es pureza en apartarse de todas las ocasiones, así exteriores como interiores, que provoquen á cualquiera cosa que deslustre ó desmorone la castidad, como es la soberbia, ira, ociosidad y lugares peligrosos. El sexto y supremo grado es pureza en todos los pensamientos del corazón, y en los movimientos y alteraciones de la carne, de tal modo que ni en vigilia, ni en sueños, cuanto es de nuestra parte, se desvíe del dictamen de la razón. ¡Oh dulcísimo Jesús!; pues que os alimentáis entre las azucenas¹, hallándo vuestro contento y regocijo entre las almas puras y castas, concededme esta excelente virtud, con todos los grados y perfecciones que la embellecen y la hacen digna de vuestro divino aprecio, para que gustéis morar conmigo y no os separéis de mí por todos los siglos. ¿Somos castos en el uso de los sentidos, en las palabras y en las amistades? ¿Procuramos huir de todo lo que puede mancillar esta delicada virtud?

Punto 3.º Premios de la castidad.—En este punto has de considerar atentamente seis premios riquísimos que el Señor concede á aquellos que se resuelven á pelear con ánimo generoso contra los bríos de la carne y abrazar la castidad. El primero es enviar ángeles que asistan con ellos y les ayuden en esta guerra para que salgan con victoria, como sucedió á santa Cecilia, santo Tomás y otros. El segundo es asistir el mismo Dios con particular protección á la guarda de los castos, los cuales, con su pureza, no sólo se hacen semejantes á los ángeles, sino al mismo Señor de los ángeles, fuente de toda pureza, el cual gusta de tratar familiarmente con los castos y admitirlos á su amistad. El tercero es, por las bodas carnales á que renuncian, admitirlos á las bodas espirituales², desposándose espiritualmente con su alma con desposorio de fe, misericordia y caridad, y comunicándoles deleites de espíritu tan soberanos, que olviden del todo los de la carne. El cuarto favor es, por los hijos carnales que pudieran tener, darles abundancia de hijos espirituales, incomparablemente mejores, llenándoles de buenas obras, de ricos merecimientos y de muchas almas ganadas para Cristo por su ejemplo y palabra. El quinto favor abraza muchas gracias y privilegios muy singulares que les concede, en testimonio de lo mucho que ama la castidad; porque, si los esposos regalan espléndidamente á sus esposas, mucho más lo hará Jesús con las suyas, cuales son las almas castas. El último favor es aquel singular privilegio de seguir en la gloria al Cordero donde quiera que fuere³; porque quien le imita en esta vida, abrazando su virginidad y pureza, es justo le siga en la otra, participando de su excelentísima gloria. Considerando estos soberanos premios, has de moverte á deseo

¹ Cant., II, 16. — ² Osee., II, 20. — ³ Apoc., XIV, 4; August.

de alcanzarlos, perdiendo, si es necesario, todas las cosas del mundo para no verte privado de ellos. ¡Oh Señor del cielo y de la tierra! Gustoso dejaré, no sólo la capa, como José¹, sino la honra, hacienda, contento, vida y todas las cosas, antes que ofenderos con la pérdida de la castidad; sabiendo con certeza que, si por vuestro amor renuncio á la tierra, Vos me haréis rey en vuestro cielo. ¿Hemos visto los sublimes premios de la castidad? ¿Deseamos alcanzarlos? ¿Qué hemos de hacer para esto?

Epílogo y coloquios.—¡Cuán repugnante y asqueroso es el vicio carnal! Ni siquiera su nombre² debiera oírse entre los cristianos. Mas ¡cuán fácil es deslizar en él, y cuán severos los castigos enviados por Dios á los que se han dejado esclavizar del mismo! Infamia, deshonor, desprecio del mundo, enfermedades vergonzosas, embrutecimiento intelectual: todo viene á caer sobre el desdichado impuro. Diluvios, incendios, guerras, pestes, fuego eterno, tormentos indecibles, desesperación perpetua: tales son las últimas consecuencias del vicio carnal. ¡Ay del lujurioso! Su gozar será breve y acibarado, su penar inexplicable y eterno. Mas los castos, aquellos que en el uso de sus sentidos, en las amistades, relaciones, conversaciones y trato con el mundo, procuran apartarse de todas las cosas que pueden mancillar la virtud angelical; aquellos que se esfuerzan en contener dentro de los límites y de las leyes de la pureza todos los afectos de su corazón, recibirán premios inmensos. Los ángeles serán sus compañeros, Dios mismo será su protector, y á Él se unirán espiritualmente; sus palabras obrarán maravillosas conversiones; veránse llenos de gracia en este mundo, y en el otro seguirán eternamente al Cordero divino. ¿Qué hacemos, pues, nosotros? ¿Qué dice á esto nuestro corazón? ¿Sentimos que la conciencia nos remuerda de no haber obrado según esta doctrina? ¿Nos hallamos actualmente en alguna ocasión ó peligro? ¿Sentimos la rebeldía de nuestras pasiones? ¿Con qué medios nos opondremos eficazmente á ellas?... Entremos en reflexión sobre nosotros mismos, hagamos firmes propósitos, y con fervientes y humildes plegarias, dirijámonos al Señor, pidiéndole gracia al efecto para nosotros y para todos nuestros prójimos.

14.—IRA Y MANSEDUMBRE.

PRELUDIO 1.º Representate á Jesucristo, diciéndote: «El que se aira contra su hermano, es reo de juicio».

PRELUDIO 2.º Pide la gracia de saber enfrenar la ira y tener paciencia.

Punto 1.º Pecados que nacen de la ira.—Considera cómo la ira es un apetito desordenado de vengar las injurias, ó un encendimiento desconcertado del corazón, por las cosas que su-

¹ Genes., XXXIX, 12. — ² Ephes., V, 3.

ceden contra nuestro gusto. De ella proceden tres clases de pecados. Unos de pensamiento, como son odio del prójimo, propósitos de vengarse de él, deseos de que le suceda algún mal, gozo de que le haya sucedido, tristeza de su bien y saborearse con deleite en las venganzas. Otros pecados son de lengua; es á saber: palabras vengativas é injuriosas en presencia, ó murmuraciones en ausencia; maldiciones, palabras altas y desentonadas con muestras de cólera; contiendas y porfías en las disputas por salir con la suya. Otros pecados son de obra contra el quinto mandamiento, como matar, herir ó maltratar al prójimo; no perdonar al injuriador, dando muestras exteriores de enemistad con él; discordias, pleitos, rencillas, cismas, bandos y guerras. Además, con la ira suele andar junta la impaciencia por los males que nos suceden contra la salud, honra ó hacienda, entristeciéndonos demasiado por el deseo vehemente y desordenado de librarnos de ellos. De lo cual nacen muchos pecados contra Dios y el prójimo y contra sí mismo, como quejas del Señor con asomos de blasfemia, poca conformidad con su voluntad, desconfianza, tedios de la vida, deseos impacientes de la muerte; poner en sí mismo las manos con rabia; ser áspero é intratable con los otros, y airarse con todos hasta con las bestias y cosas insensibles. Mirando todos estos pecados y las innumerables veces que en ellos has caído, debes humillarte grandemente y suplicar al Señor que te perdone. ¡Oh Dios infinito!; pues que vuestra ira es terrible, pero justa, contra los que se airan sin medida, suplicáos humildemente que esclarezcáis los ojos de mi alma, para que, considerando los terribles castigos que nacen de vuestra santa ira, refrene los malos ímpetus que nacen de la mía. ¿Hemos pecado nosotros en el vicio de la ira? ¿Nos ha dominado algunas veces la impaciencia?

Punto 2.º *Castigos de la ira.*—En este punto hemos de considerar los muchos daños y castigos de este vicio de la ira. Primeramente, la ira destruye la semejanza con Dios, cuyas obras son con gran tranquilidad; inquieta la conciencia, tapa la fuente de la divina gracia, ahoga el espíritu de devoción y los consuelos del Espíritu Santo, el cual mora y descansa en los humildes y quietos de corazón, y huye de los iracundos, en quienes mora el espíritu malo. Demás de esto, como el Señor es Dios de las venganzas, ejercítalas con rigurosa justicia contra los que se vengan con ira, y matan ó agravian á su prójimo; por lo cual dió terrible sentencia contra los dos primeros homicidas que hubo en el mundo, Caín y Lamech, disponiendo que del primero se tomase venganza siete veces, y del segundo, que no quiso escarmentar en aquel ¹, setenta veces siete, esto es, venganza muy cumplida en todos los géneros de penas que hay en esta vida.

¹ Genes., iv, 24.

Pondera en particular lo que Jesucristo dijo acerca de esto: « Quien se airare contra su hermano, será culpado en el juicio; quien le dijere raca ó vano, lo será en el concilio; y quien le llamare necio, será digno del fuego del infierno ». De suerte que, comenzando la ira á señorearse del corazón, se comienza en el tribunal y consejo de la Santísima Trinidad á tratar de la venganza, creciendo el rigor del castigo como crece la gravedad del pecado, llegando á castigar con el fuego del infierno al que no ha querido contener el fuego de la ira ². Y aunque el fuego del purgatorio y del infierno sean el mismo, aquél es llevadero por la paciencia, y éste es intolerable por la ira. ¡Oh pacientísimo Jesús! Vos que, como mansísimo cordero, en medio de las mayores aflicciones, no desplegasteis los labios para quejaros, ni en vuestro corazón hubo un solo movimiento desordenado contra vuestros verdugos, libradme, os ruego, de la ira é impaciencia, pues no hay mayor infierno que vivir á ella rendido y de Vos tan apartado. ¿No tememos los castigos de la ira? ¿Los hemos merecido alguna vez?

Punto 3.º *Bienes de la mansedumbre.*—Considera aquí los grandes bienes que trae consigo la perfecta mortificación de la ira, abrazando las dos virtudes que la resisten, mansedumbre y paciencia. Porque estas virtudes nos dan señorío y posesión quieta de nosotros mismos y de nuestras pasiones; porque los mansos poseen la tierra de su corazón, y con la paciencia poseemos nuestras almas y alcanzamos paz de conciencia con alegría cordial de espíritu. Á más, la mansedumbre nos hace amables, y la paciencia nos hace admirables; porque el que hace las obras con mansedumbre, es amado más que la honra y gloria; y quien tiene valor para reprimir su ira y sufrir el agravio, acredita su persona y edifica á los prójimos, porque mejor es y más admirable el paciente que el fuerte. También estas virtudes nos hacen amables á Dios, y nos dan entrada al trato familiar con su Majestad, como Moisés por su mansedumbre tuvo con Él estrecha familiaridad, y por un poquito que faltó en ella, se le menoscabó el espíritu que había recibido ³. Finalmente: si somos mansos y sufridos, participaremos con excelencia del espíritu de Jesucristo, el cual se esmeró en estas dos virtudes, y las recomendó especialmente á sus discípulos; y cuando dos de ellos faltaron á las mismas con color de celo, deseando vengarse de los samaritanos, les dijo ⁴: « No sabéis cuál es vuestro espíritu »; como si dijera: El espíritu de mis discípulos no ha de ser de ira, sino de mansedumbre; no de venganza, sino de sufrimiento. ¡Oh manso y paciente Jesús! Vos, siendo maldecido, no maldecíais ⁵, padeciendo injurias, no amenazábais, y recibiendo gravísimos desprecios, correspondíais con divina mansedumbre ó callabais con admirable silencio; ayudadme, para que, á imitación vuestra,

¹ Matth., v, 22. — ² S. August. — ³ S. Dionis. — ⁴ Luc., ix, 55. — ⁵ 1 Petr., ii, 23.

venza la ira, reprima la impaciencia, abrace la mansedumbre y me haga digno de eterno premio. ¿Comprendemos las ventajas de la paciencia y mansedumbre? ¿Cuándo y cómo hemos de ejercitar estas virtudes?

Epílogo y coloquios.—¿Cuán digno de lástima es el hombre iracundo que con facilidad se deja arrastrar de los ímpetus de cólera y de los deseos de venganza! ¡Cuántos pecados cometerá á cada momento! Pecados de pensamiento, palabra y obra; deseos punibles, rencores injustos, odios, enemistades, contiendas, disputas, maldiciones y blasfemias, daños del prójimo, injusticias y pleitos. De todos ellos se formará una cadena no interrumpida, que le arrastrará al precipicio del infierno. En este mundo vivirá en continua desesperación é inquietud; atraerá sobre sí la indignación de Dios, la repugnancia de los hombres y los castigos del cielo; y en el otro, su ira rabiosa le obligará á temblar y dar diente con diente por toda la eternidad. ¡Ay de nosotros si nos dominase la ira! Mas, si domando el genio y natural, ejercitamos la paciencia y mansedumbre, nos enriqueceremos de méritos, nos haremos dignos del amor y aprecio de nuestros prójimos, y el Señor nos hará participantes de su divino Espíritu. ¿Qué hacemos, pues, en vista de todo esto? ¿Nos domina la ira ó impaciencia? ¿Cuándo y en qué circunstancias faltamos por este vicio? ¿Qué propósitos prácticos debemos hacer para dominarnos? Veámoslo con detenimiento é imparcialidad; no nos disimulemos ni excusemos á nosotros mismos, y si nos sentimos débiles para reformarnos, acudamos al que es la misma fortaleza con amorosos coloquios y vivas súplicas, rogando al propio tiempo por las necesidades que se nos han encomendado.

15.—GULA Y TEMPLANZA.

PRELUDIO 1.º Representémonos á Jesucristo sentado á la mesa, viendo la modestia y templanza con que toma el sustento corporal.

PRELUDIO 2.º Pidamos la gracia de mortificar la gula y practicar la virtud de la templanza.

Punto 1.º *Maneras de pecar por la gula.*—Considera cómo la gula es un apetito desordenado de comer y beber¹, y se peca en ello de cinco maneras. Primero, comiendo manjares prohibidos por la Iglesia, ó quebrantando sus ayunos, ó aquellos que estamos obligados á guardar por voto particular ó por razón de nuestro estado². Segundo, tomando el manjar ó bebida en demasiada cantidad, ó con grave daño de la salud corporal, ó de la espiritual, que se impide por esto; ó bebiendo hasta perder ó turbar el juicio. Tercero, procurando manjares ó bebidas de tal

¹ S. Thom. — ² S. Greg.

calidad, que sean muy regalados ó preciosos, más de lo que pide la persona ó estado, por sólo regalo ó sensualidad. Cuarto, comiendo más veces de lo que conviene, fuera de tiempo, y en ocasión que puede hacernos daño, ó en lugar no conveniente, ó contra la prohibición ó regla de la religión. Y quinto, comiendo con demasiado afecto, saboreándose en lo que se come por solo deleite, y con modo inmodesto y apresurado, sumido todo en lo que se está haciendo con pensamientos y palabras de sensualidad. Considerando estos cinco modos de pecar por este vicio tan vil, por una parte has de llorar las muchas culpas que has cometido, y por otra has de hacer grandes propósitos de mortificarte, guardando las reglas de la templanza en las cinco cosas dichas³; á saber: en el precepto, cantidad, calidad, tiempo y modo; huyendo en la cantidad de dos extremos, que ni sea tanta que te cargue, ni tan poca que no te sustente; en la calidad, contentándote con manjares ordinarios, antes groseros que exquisitos, imitando á Jesús, que comía pan de cebada; y en el modo, comiendo de manera que al mismo tiempo no sea comido el espíritu⁴ y esclavizado del manjar. ¡Ay de mí, Dios mio! Que casi siempre peco, cuando como y bebo, sirviendo más á mi sensualidad que á mi necesidad, y buscando más el deleite de mi carne que la conservación de mi vida. Compadeceos, Señor, de mi flaqueza, y socorredme con vuestra gracia, para que no me arrastre la gula. ¿Nos ha dominado alguna vez este vicio? ¿Nos excedemos en la calidad, cantidad, tiempo ó modo de comer?

Punto 2.º *Castigos de la gula.*—Considera en este punto los castigos de la gula, de los cuales unos proceden del mismo vicio, otros son impuestos y enviados de Dios en esta vida, y otros reservados para la otra. Pondera primeramente cómo la gula es castigo de sí misma, y de contado paga con la pena el deleite de la culpa, porque carga el cuerpo, quita la salud, acorta la vida y apresura la muerte⁵. Á más, aflige el espíritu, entorpece el entendimiento, inhabilita para la oración y trato con Dios, hace incapaz de los consuelos espirituales, porque se deja llevar de los carnales, y acobarda el corazón para cosas grandes del divino servicio; porque, quien se ve rendido á este enemigo, que es el más flaco, pierde el ánimo para acometer á otros más fuertes. Mira luego los castigos que en este mundo ha enviado Dios por pecados de gula. Por comer de una manzana contra el divino precepto⁶, Adán y Eva perdieron el estado de inocencia, y fueron echados del paraíso. Los israelitas en el desierto desearon desordenadamente comer carnes, y cuando tenían el bocado en la boca⁷, vino sobre ellos la ira de Dios, y el lugar de su hartura⁸ fué llamado sepultura de su gula. Un

¹ S. Basil., S. Bern. — ² Ecli., xxxi, 20. — ³ Luc., xxi, 34. — ⁴ Genes., iii, 6.

⁵ Psalm. lxxvii, 30. — ⁶ Num. xi, 34.

santo Profeta, porque comió en el lugar que Dios le había prohibido, fué devorado por un león¹, sin que le valieran los milagros que había hecho, ni la obediencia que había tenido, ni la necesidad que padecía, ni el engaño que sufrió de parte de otro que parecía ser de su misma profesión. Contempla, finalmente, los castigos de la otra vida en la persona del desgraciado Epulón², que comía y bebía espléndidamente durante su vida, y ahora está padeciendo hambre canina y sed rabiosa, sin poder esperar alivio por toda la eternidad. ¡Oh Dios mío! ¿Es posible que no llore yo mis glotonerías y excesos, viendo el rigor con que castigáis tales pecados, y que por los viles alimentos de esta miserable tierra venda el riquísimo mayorazgo del cielo? Haced, Señor, que, contemplando á los que han sido castigados por este vicio, escarmentando en cabeza ajena, antes que la pena venga por la propia. ¡Oh alma! Mira bien las consecuencias amargas del vicio de la gula; mira los castigos que él trae consigo, y los que Dios impone á los esclavos de él. ¿Aún no le temerás?

Punto 3.º *Ventajas y premios de la templanza.*—En este punto has de considerar los grandes bienes que proceden de la templanza, y los premios con que es recompensada por Dios en este mundo y en el otro. La abstinencia premia de contado la pena que trae á los principios, porque alivia al cuerpo, preserva de enfermedades, conserva la salud, alarga la vida, recrea el alma, habilítala para la oración y para recibir los consuelos del cielo; quita las armas á su enemigo, que es la carne, y sujétala al espíritu, para que ose acometer empresas gloriosas del divino servicio. Demás de esto, como Dios es tan generoso y compasivo, no consiente que vivamos sin algún deleite; y así, á los que se privan de los manjares del cuerpo, recrea con los del espíritu, y por los consueos sensuales da los espirituales. De modo que no pierdan el consuelo, sino lo mejoren, traspasándole de la carne al espíritu. Á éstos comunica ilustraciones celestiales, como á Daniel, y les da esclarecidas victorias, como á sus tres compañeros contra Nabucodonosor, y los levanta á muy alta contemplación, como á Moisés y á Elías, dándoles parte en su gloriosa Transfiguración³ en premio de su ayuno y mortificación. Pondera, finalmente, cómo los que mortifican este vicio tendrán en el cielo especial hartura, sentándolos Cristo á su mesa para que coman y beban en su reino de los manjares que come el mismo Dios. ¡Oh dulce Jesús! Pues todos los que son de vuestro bando han de crucificar la carne con sus vicios y codicias, concedme que mortifique la mía, como Vos mortificasteis la vuestra. Por la sed que padecisteis en la Cruz, y por la hiel y vinagre que os dieron en ella, os suplico me deis una templanza tan perfecta, que, comiendo y bebiendo, satisfaga mi necesidad sin servir al

¹ III Reg., xiii, 24. — ² Luc., xvi, 19. — ³ Matth., xvii, 3.

deleite, y un ayuno tan estrecho que aplaque vuestra ira, como los ninivitas, satisfaga por mis pecados, espante á los demonios, alegre á los ángeles, y me haga merecedor de eterno premio. ¿Amamos nosotros la templanza? ¿Queremos alcanzar los premios de ella? ¿Cómo la practicamos?

Epílogo y coloquios.—¡Qué vicio tan impropio del ser racional es la gula! Por él se pone bajo el nivel de los brutos, los cuales conocen por instinto los manjares que no les convienen, y los dejan; y cuando está satisfecha su hambre, dejan de comer. El glotón nada respeta, ni la justa prohibición de quien tiene derecho para imponerla, ni la norma racional en la cantidad, calidad, tiempo ni modo. Con todo, es una grave obligación que todos tenemos el dominar la gula; y si omitimos el cumplirla, vendrán sobre nosotros los más tremendos castigos. ¡Qué efectos tan detestables produce este vicio en el desventurado que á él se rinde! ¡Qué daños tan espantosos ocasiona á sí mismo, á su familia y á toda la sociedad! Enfermedades en el cuerpo, torpeza en el alma, obscuridad en la mente, dureza de corazón; el entendimiento se embota, los intereses de la familia se descuidan, el cuidado de los hijos se olvida, y todo se arruina miserablemente. ¿Y qué castigos podrá temer de la justicia de Dios? Adán y Eva arrojados del paraíso, los israelitas muertos en el desierto, y tantos otros glotonos víctimas de la divina indignación en este mundo y en el otro, son testimonios vivos de esta verdad. ¿Por qué, en vista de esto, no detestaremos la gula con toda nuestra alma? ¿Por qué no practicaremos la virtud de la templanza, que tantos bienes produce? ¿Qué debemos proponer y resolver para esto? Pensémoslo con atención, y, haciendo propósitos muy particulares y acomodados al estado actual de nuestra alma, pidamos al Señor y á la Virgen sus auxilios para cumplirlos, y roguémosles por la conversión de los pecadores, perseverancia de los justos y demás necesidades.

16.—ENVIDIA Y CARIDAD.

PRELUDIO 1.º Representémonos á Jesucristo, diciendo á sus discípulos y á nosotros con ellos: « Quien desee ser el mayor, hágase el menor, y el que pretenda presidir, sea el siervo de todos ».

PRELUDIO 2.º Pidamos la gracia de vencer la envidia y abrazar la caridad fraterna.

Punto 1.º *Vileza de la envidia, y pecados que de ella nacen.*—Envidia es tristeza desordenada del bien del prójimo, en cuanto sobrepuja ú obscurece el nuestro; nace de la soberbia, acompáñala de ordinario la ira, y sus principales actos son aborrecer al prójimo, porque sus bienes contristan; gozarse de verle caído; pesar de verle ensalzado; sentir pena de sus alabanzas y gozo de sus vituperios; murmurar de él y de sus cosas, apocán-